

## **Presentación**

por PATRICIO LANDAETA Y JOSÉ EZCURDIA

Entre el 2 y el 4 de octubre del 2019 nos reunimos en Valparaíso para celebrar II Coloquio Internacional Red Estudios Latinoamericanos Deleuze y Guattari: “Qué es lo que puede un cuerpo. Luchas minoritarias y líneas de fuga en América Latina”. El encuentro se planteó como una instancia de diálogo interdisciplinario para compartir perspectivas de análisis sobre los movimientos de resistencia que se vienen sucediendo de forma intermitente en distintos lugares del continente la última década.

Durante tres días fue posible escuchar cerca de cuarenta presentaciones de expositores provenientes de Estados Unidos, México, Colombia, Ecuador, Brasil, Argentina y Chile. En la mayoría de las mesas temáticas figuraba como un punto crucial la pregunta por las *nuevas* formas de resistencia y lucha política, haciendo ver la necesidad de pensar conjuntamente los niveles macro y micropolíticos, muchas veces puestos uno enfrente del otro en las aproximaciones teóricas a la filosofía de Deleuze y Guattari. La conclusión provisoria que podríamos extraer de estos diálogos fue: “necesitamos resistir, sí. Pero también necesitamos *otro* Estado y otras instituciones”.

Poco antes del coloquio, cuando nos hallábamos en plena organización del evento, nos enterábamos de manifestaciones multitudinarias en Ecuador y en el otro extremo del mundo, en Hong Kong, así como en Francia, Cataluña y Argelia. Ciertamente, en casi todo el mundo caminábamos sobre una delgada capa de hielo que no tardaría en romperse. No fue un cataclismo, era apenas una grieta en la superficie de la historia, que se fue convirtiendo en una fisura que nos recordará el año 2019 como el año de la revuelta acéfala que escupió en el rostro al capitalismo *que llevamos dentro*.

Pocos días después de nuestro coloquio, el 16 de octubre, estallaba en Chile una de las revueltas más significativas de las últimas décadas para el país y también para el mundo. Ciertamente esta revuelta aún perdura, pero en otro escenario, en el de las redes sociales y plataformas de internet, debido a la pandemia de la COVID-19 que ha hecho más evidente la enfermedad del Estado y sus instituciones rendidas ante las exigencias del mercado.

Ese 16 de octubre, lo que comenzó como un llamado de los estudiantes secundarios a evadir el pago del ticket de metro, derivó en manifestaciones de miles de personas a lo largo del país que salieron a la calle a *pedir lo imposible*, aquello que precisamente no

parecía realizable (ni razonable) en las coordenadas del modelo neoliberal implantado por la dictadura de Pinochet, que ha perdurado sin mayores perturbaciones en los 30 años de democracia, gran parte de ella gobernada por la centroizquierda.

“Educación pública y gratuita”, “aborto libre y seguro”, “acceso a la salud para todes”, “pensiones y jubilación digna”, “reajuste del salario mínimo”, fueron algunas de las principales demandas enarboladas en las manifestaciones que se canalizaron en la exigencia de cambiar la Constitución elaborada durante la dictadura cívico-militar, entendiendo que esta ha sido la principal herramienta para enraizar la desigualdad social del país.

La respuesta del gobierno ante tales exigencias no se dejó esperar. La represión de la policía contra el movimiento social fue brutal: miles de manifestantes de todas las edades heridos. Algunos fueron asesinadxs con total impunidad. Hubo cientos de jóvenes con daños oculares y algunxs ciegos por los disparos de bombas lacrimógenas o perdigones en el rostro. Muchos son los que fueron torturadxs en carros policiales o violadxs en comisarías, atropellos a los derechos humanos que solo creíamos podían ocurrir en dictadura.

En efecto, todo ocurrió a vista y paciencia del gobierno que, mientras relativizaba la validez de los informes de organizaciones internacionales defensoras de los DDHH, enviaba al congreso para tramitación proyectos de ley exprés que buscaban (y buscan) impedir la manifestación en las calles o dotar de mayor poder a las policías. El gobierno le declaró la guerra a un enemigo poderoso y escurridizo, sin cabeza ni partido, que logró en apenas unos meses *poner en jaque el sistema*, creando una nueva sensibilidad política o las condiciones para una vida colectiva fuera de las coordenadas del presente que habíamos naturalizado como el único mundo posible.

Los textos aquí reunidos representan en alguna medida una especie de “presentimiento colectivo”; un registro del ruido antes del temblor. Cada uno de ellos transcribe el descontento del momento histórico en diversos países, pero también el diagnóstico de nuevas formas de vivir juntos, de otro mundo posible *aquí y ahora*.